

Pepenar metal en Santurce

José Morales González

2016

Dedicado a las personas que de tan marginales quedaron fuera de estas páginas.

Advertencia: *los personajes que aquí aparecen son ficticios, si por realidad se entiende lo que se supone.*

Presentación

Los textos que componen estas páginas son pequeños relatos de encuentros con recogedores de metal en Santurce durante el 2016. Pepenar significa recoger y seleccionar, en náhuatl. Es el oficio de estas personas y es el mismo que busqué hacer en este trabajo practicando la brevedad en la escritura. Sobre esto último, una nota:

Cualquier lenguaje que cree estudiar un lenguaje desde fuera de todo lenguaje es pedantería, expresa García Calvo. Ahora bien, ¿cómo evitarlo? Aquí, prescindiendo de las comillas.

El uso de comillas supone citar palabras que maniatadas se asegura fueron dichas, consignadas y enmarcadas para su interpretación.

Cierto, omitir las comillas, es un truco, pero también un aviso: esas palabras son inexactas –lo mejor de la cita es su inexactitud, dicen–, esas palabras no lograron ser en verdad consignadas –ese momento se escabulló–, esas palabras están siendo aún escuchadas sin lograr ser fijadas pues no se comprenden aún del todo. Aunque si están impresas y apachurradas es porque ya no viven.

Eso sí, todo comenzó con la música y la intensa imagen de vivir en una ciudad que trabaja afanosamente sobre ruinas su tumba.

De la barriada 21

Son unos carritos de juguete en madera y los muestra como un tesoro. Coge uno y lo examina con cuidado, acariciando sus formas con manos casi de madera también. Coge otro y lo mismo. Cada uno es una visión. Los lleva al piso y los pone a prueba.

Rún rún, palfrente y patrás varias veces. ¡Sirven!, son de colección. Ya no los hacen así –sentencia.

Leía con dificultad los letreros que lucían los carritos imitando marcas de automóviles. Debajo, un nombre escrito a mano que deletrea despacio pero un estruendo interrumpe todo.

¡Mira!, exclama. Un avión... ¡para ir a Estados Unidos! Yo puedo volar uno. ¡Es fácil! Lo vi en la tele.

Extiende las manos, sujeta los controles y se inclina hacia atrás sintiendo la velocidad hasta que deja de escuchar el ruido. Reanuda el trabajo.

Estaba en una esquina de la misma calle Rexach en Cantera, revisando unas camisas que acababa de hallar –¡éstas son pa mí!– en un contenedor del municipio de San Juan con tapa, ruedas, muy bien armado y hasta limpio. Demasiado digno para un simple zafacón. Contrasta con él: su cuerpo y su ropa –que son la misma cosa– desalineados, zapatos desgastados y gorra fuera de equilibrio. La mugre le nubla los ojos.

Pero el sol está aquí en todas partes y lo colorea todo, hasta las caras más grises de la ciudad.

Él pregunta la hora y exclama en tono ejecutivo ¡me voy! Arranca su carrito de supermax y comienza el sonsonete en dirección hacia Trastalleres donde venderá por cinco o seis dólares la bolsa.

Alcanzo a preguntar su nombre. ¡Ernesto... de La 21!

Carritos de supermercado

Es vehículo principalísimo aunque no esencial. Con su ruido ya propio del folclor santurcino, el carrito lleva y almacena lo encontrado por días que son años y no es bolero: además del metal, una lámpara, un reproductor vhs, un zapato sin par, un gran león de cerámica, un pantalón de repuesto y un valioso etcétera.

Es todo lo que tiene y tiene mucho de hogar. Incluso determina el oficio: me dedico al metal, al cartón no, porque se necesita guagua.

Si no hay carrito, en su lugar se usa una bolsa de basura, que se conserva con sumo cuidado y obliga a una selección más clara y precisa. También funciona una sogá, que ata el metal (marcos de ventanas, tubos, piezas informes...) y pasada por el hombro se arrastra sin la ayuda de las rueditas por la Fernández Juncos cuesta abajo.

Silla de impedidos, cochecitos de bebé son entonces un resuelve. Exacto, las ruedas; ¡ay!, aquel carrito patas arriba sin ruedas bajo el puente, nadie lo quiere.

Por todo esto, no se suelta ni cuando se duerme. El cuerpo se relaja pero la mano vigila asiéndose de él en pleno estacionamiento de CVS.

Vi un carrito estacionado durante días en una acera: un misterio. Otro, tirado en un lote baldío: una tristeza que hace pensar lo peor.

En El Gandul, un hombre y su carrito se sujetan mutuamente. Con la espalda encorvada hasta alcanzar su frente las rodillas, permanece inmóvil –su meneo está reservado al estudioso o morboso.

Comparación fácil: consumismo hasta sus últimas consecuencias. Pero lo normal es ver a estos vehículos transitar impunemente por la ciudad ignorando las tonterías del shopper.

Herramientas

No se tiene herramienta. Condición ésta de gran utilidad. Todo es figuración desde la pura iniciativa. Se hace con nada, se puede porque no se tiene.

Un tubo metálico largo y pesado a golpes contra el borde de la acera corta un cable grueso de acero. Un destornillador para abrir la puerta del edificio abandonado dará resultado más tarde que temprano.

Aunque estén ya carcomidas y con sangre seca, las uñas desarmen. El pavimento, si se estrella fuertemente contra él y el número de veces requerido, rompe la pieza que contiene algo de aluminio. Un imán es indispensable para detectar y seleccionar el metal, si pega no vale.

Las manos, entonces abusadas. Auscultan el fondo de un basurero ahí donde no cabe la mirada. Sucias hasta más no poder funcionan como cuchara.

Pero no me dan la mano para despedirse por la conciencia de que soy blanquito que no ha trabajado en su vida; eso sí, el saludo fraternal con el antebrazo o el puño cerrado. Excepciones: Carlos, notablemente limpio, me dio la mano ¡suave! con una gran sonrisa para despedirse. O aquel señor de actitud casi elegante, que con un gancho sujeto a un palo todo *homemade* removía los zafacones de la estación de tren, pinchaba la panza de la lata y así no perdía el estilo. ¡Para qué mancharse!

Rafael, quien se lamentaba del reciente robo de sus herramientas al no poder desarmar un brazo mecánico, usa un guante de látex roto en un 99.9 %.

La técnica

No hay una técnica establecida debido a que no se ha elaborado un manual de procedimientos como en cualquier empresa que se precie de serlo. Así que los consejos que aquí se recogen, producto de arduas horas de entrevistas y trabajo de campo, se basan en el testimonio y la experiencia de varios pepenadores. ¡Veinte años recogiendo latas!, dijo un engreído.

1. Bajo ningún motivo debes aplastar las latas con el pie. Pesaría mucho la bolsa, ¡sospechan! Lo tienes que hacer con las manos. Así: coges la lata en posición horizontal desde los extremos y con los pulgares colocados en el medio, presionas y doblas.

2. No uses arena; suena y delata la deshonestidad que hay que ocultar en esto del reciclaje.

3. El truco de las baterías doble A es un clásico. No hacen ruido si son bien colocadas al interior de la lata y pesan sólo lo suficiente para engañar con discreción.

4. No meter un peñón en el saco. ¡Te muelen a palos, como a Ernesto!

5. Seis latas pesan menos que seis latas aplastadas.¹

Otras consideraciones:

Pendiente a la bebelata; de la fiesta sale la materia.

Planifica tus recorridos. Si estás en Puerta de Tierra y vas a la 18, pasa por la 15 a la hora del almuerzo.

Administra. De los cupones para lo que corresponde, lo del metal para lo otro.

¹La explicación es que el aire dentro de las latas las hace más ligeras. La comprobación se hizo con los dos brazos extendidos, las latas en bolsas plásticas, cuerpo en posición vertical en un día sin brisa. En próximas investigaciones debería usarse una báscula.

Una modesta proposición

En medio de la calle Jordán, cerca de 26 Metal, William se depila la cara con pinzas y espejo en mano. Es una forma de darse placer, como fumarse un cigarro o quitarse los zapatos bajo el escritorio; pero lo hace con una postura corporal digna de trompetista de jazz levantando su instrumento en ángulo de 45º.

William acababa de vender cuatro grandes bolsas de latas y de tomar una decisión.

¿Usted se dedica al reciclaje?

¡No!, si yo tengo un par de días en esto. Me toca pagar la luz porque estoy de agregado en casa de mi hermana.

Mire usted, un vecino me dijo que podía juntar latas y venderlas. Me prestaron este carrito y saqué sesenta pesos pero ya me retiré. Y lanza un respingo que podría escribirse así: ¡Hm! Y no ¡Hum!, como en las novelas.

Ya me retiré de esto, chacho.

Par de días pa sesenta pesos. ¡Mira...!

Esto está fuerte ¡y con este sol!

Además, tengo la presión alta. Ya estoy viejo pa esto.

Bueno, pero ahora a descansar, señor. ¿Es de por aquí?

Soy de Cayey, me mudé a San Juan hace unos meses que porque aquí se vive mejor, dicen.

Y me faltan setenta... pero ná, esos los pido prestado por ahí.

Ron Benjamín

Lo bueno de esto es que la gente hace fiesta donde quiera y no prohíben recoger latas en ningún lado.

Cansado ya desde muy temprano, Benjamín está organizando su carrito en el parque Muñoz Rivera. Está sucio. Apesta.

Nos sentamos en una banca. Lleva quince años en la calle y veinte recogiendo latas. No: al revés. Yo tenía una casita en Barrio Obrero y me la quitaron. Un dominicano.

Meses más tarde nos encontramos en la Cerra. Se recortó las rastas y lleva ritmo alegre. Su carrito va repleto de latas de cerveza; agregaba una más encontrada en la cuneta y se le caía. Colmado ya de mercancía, miraba en los zafacones sin mucho afán y seguía caminando para no perder el ritmo.

Un señor saliendo de su marquesina le dice tengo latas pa usted y Benjamín le da las gracias.

Sin mucha vergüenza ni pena dice que lo que gana es para la bebida.

Desde las dos la mañana en esto y no he podido darme ni un palito. Cuestan como cuatro o cinco pesos.

Mucho trabajo para un palito, don.

Palito no, ¡caneca!

Y ya vienen los cupones. Todos lo usan para eso. Una vez se lo dije al técnico del Departamento y me dijo ¡yo también bebo!

Conocí a uno que no tomaba y ganaba 500, pero estaba igual de jodido. Es más, ya se murió.

¿De dónde es usted?

Soy de Ciales.

¡Tan bonito allá!, ¿qué hace aquí?

¡Bebiendo ron y sin bañarme!

Manjar y buena compañía

Que cada quien se haga su modelo familiar y de vida. Pero miren éste. Hombre hecho y derecho, buena estatura y cuerpo recio con dos perros satos (una mayor y un cachorro), un día cualquiera de semana montan pícnic en un rincón de la ciudad.

Luego de una ardua jornada de trabajo (enormes bolsas negras repletas de latas lo constatan) y justo a la hora del almuerzo, se sirvió la comida no en una mesa sino a un lado de un zafacón de la avenida Ponce de León.

Cada platillo bien empaquetado con su plato y bolsa de plástico va saliendo de la generosa basura. Abre la envoltura y mira el menú sin escrúpulos.

Primero los perros. Arroz cubano para el pequeño y huesos de pollo, de qué si no, para la perra. Sigue hurgando. Otro plato para llevar que parece manjar.

El perrito ya no come, le retira su alimento y se mete apresuradamente tres cucharadas, para tirar el resto a las palomas que parecen buitres.

Se guarda para sí aquella ensalada y se recarga en la pared para comer mientras mira sus perros satisfechos. Todo está bien dispuesto, Dios existe.

La burocracia en tacones o gabán, que también busca su almuerzo, lo mira sin mirarlo pensando sin pensarlo, «está comiendo de la basura».

Sin dejar de caminar, alguien cruza unas palabras con él sobre el perrito. Y le sonríe tiernamente, al animal.

Recoge todo y se va a vender las latas. Al pasar frente a la parada de guagua, una joven de uñas coloridas alcanza a proteger su nariz con la mano y absoluta discreción, siguiendo los buenos modales y las mejores costumbres.

Tito, el sabio

Todo va a parar al zafacón –sentencia Tito con una facilidad que desconcierta. Pero es que desde 1989 comenzó a deambular y en la calle se aprende un montón: la calle es una universidad. Otra máxima de su cosecha.

Además, en la calle, no dependes de nadie, no dependes de mami y papi. Yo puedo hacer lo que sea, cocino donde sea, duermo donde sea.

Aunque tiene hogar, o más bien un techo donde dormir: un edificio abandonado en Santurce que comparte con otros cinco.

Somos miles como yo, que se levantan a las 4:30 a trabajar para un solo dueño, ¡para un solo dueño! Y se refiere a Don Jaime como un genio muy trabajador que comenzó recogiendo costales y terminó con un negocio próspero, Santurce Metal. Si tú quieres ser millonario dedícate al reciclaje... o pon un restaurante. Yo voy a abrir uno con un amigo que fue chef.

Su oficio lo entiende así: son latas, ¡pero es lo que encuentras! Carteras llenas de dinero, una pistola, un rolex de oro (por fuera y por dentro, ¡por fuera y por dentro!), son algunos de sus hallazgos que narra todavía encantado.

Los electrodomésticos que encuentra los repara y los vende. A esa estufa y ese radio que traía ya les había calculado el precio de venta.

Tú me ves aquí pero en enero recibo el retiro. Además, heredé dos cuerdas de terreno en Naguabo, con tres casas. Las pintaré, viviré una y rentaré las otras dos.

Yo no robo, ya estoy viejo. Levanta su gorra para enseñar la nobleza de sus canas. No está bien entrar a casas... aunque lo abandonado no es de nadie.

Verdad es. Para vivir hay que saber mentir.

Utopía es la que hay

Todos los metales han bajado de precio, no hay guerras, víste. Aunque ahora está lo de los terroristas en París...

Estudié en la Labra, en la Central High y otras más. Me cambiaban porque uno es de barriada -yo soy de Tokio-, víste, y si alguien se mete en problemas no lo puedes dejar solo.

Muchos de nosotros que nos dedicamos a esto somos profesionales; te vas por mal camino, coges vicios y haces cosas que no deberías, víste.

En esto es mejor andar solo. Te roban o te hacen cosas y no te dicen. Eso es en todos lados, ahora mismo están desalojando

el gobierno les promete villas y castillos y luego nada

la juventud trabaja y trabaja y no consiguen lo que buscan

van a la universidad y luego se olvidan de ellos

compran una casa, deben el triple, les quitan la casa.

Le sacan el monstruo a uno, ¡víste!

Tengo que juntar unos chavitos pa recortarme. La gente se mete con uno nomás por la apariencia, dijo mientras desarmaba unas piezas necias de metal.

Traía gafas oscuras entremetidas en el cabello cenizo por el polvo, cigarro fijo en las comisuras de los labios y un harapo por camisa que anuncia "Puerto Rico" colorido en paisaje tropical.